

EL FUTURO DE LAS CIUDADES EN EL ENTORNO DE LA SOSTENIBILIDAD

Hace cosa de seis o siete años, un reducido y entusiasta grupo de profesionales, trabajando codo con codo con los alcaldes de la comarca y los principales sectores económicos, nos encargamos del llamado "Plan Estratégico para el desarrollo de las Pymes de la Costa del Sol Oriental", tan pomposo como inconcluso, por la sencilla razón de que no estaba dotado de presupuesto alguno, aunque justo es reconocer que los presidentes de la Diputación, tanto Elías Bendodo primero como Francisco Salado después, tenían mucho interés en que se concluyera. Pero a pesar de esa frustración, el trabajo nos sirvió para ver con toda claridad cómo el territorio axárquico, reunía las condiciones para responder a todas las tendencias inherentes a la Nueva Economía globalizada, aprendiendo de los aciertos pero, sobre todo, de los errores que se habían cometido en esa otra "media" Costa del Sol que era la Occidental, desde Málaga a Manilva.

La Axarquía tenía todo lo que le permitía ser calificado potencialmente como un "territorio fuerte" en la globalización, algo compuesto de elementos muy complejos pero basados en dos palabras que lo resume y condiciona: **diversidad y comunicaciones**. Esta comarca, con más de 1.000 Has y 200.000 habitantes, 40 kilómetros de Costa y 30 kms de interior hasta los límites con la provincia de Granada, precisaba de una dinamización integral por cuanto su situación socioeconómica no resistía la comparación con la Costa del Sol Occidental. Ciertamente su retraso se debía a que su incorporación al **desarrollo turístico**, al menos con la intensidad de su homónima costa occidental, sólo fue posible con la construcción de la autovía A-7 en 1992. Considerábamos, pues, que ya había llegado el momento de que la Costa del Sol Oriental tuviera la misma atención política y económica que la del otro lado, extrayendo de una experiencia de sesenta años las necesarias enseñanzas para que su desarrollo fuera armónico, sostenible y generador de una riqueza estable que garantizara el bienestar de sus habitantes y la permanencia en sus lugares de origen.

Entre sus 31 bellísimos municipios teníamos un sinfín de recursos insuficientemente explotados: campos fértiles y diversos, playas y montañas con nieve, clima benigno, paisajes excepcionales, patrimonio, cultura, historia, gastronomía, una producción agroalimentaria innovadora que estaba en trance de adquirir liderazgo mundial. Le gustó a Elías

Bendodo, entonces presidente de la Diputación, que llamáramos a la Axarquía “la Toscana de Andalucía” porque eso, y mucho más que eso, lo era en potencia a poco que hubiera coordinación, liderazgo, cogobernanza, fe en sus fortalezas y un mínimo de sentido de orgullo comarcal para emprender un desarrollo que conjurara la marginalidad, el aislamiento y, sobre todo, atajar el cáncer del **despoblamiento** ya que, aislados en su belleza, muchos pueblos de la comarca eran un ejemplo del principal problema que tenía el territorio español justo antes de que la pandemia acaparara toda la atención nacional: **el desequilibrio entre las crecientes aglomeraciones de las áreas metropolitanas y la triste realidad de una España vaciada e improductiva.**

Pero en esto aparece la Covid19, que si bien no es la primera pandemia conocida de la historia, sí es la primera de carácter planetario, y no es difícil establecer un vínculo entre la extensión del contagio y la responsabilidad que la propia CIUDAD había tenido en esta crisis, pue- no lo olvidemos- **este virus se expande en las aglomeraciones urbanas, no en el campo.** Y esto es algo que involucra al sistema económico, al productivo y al social pero, de una manera muy específica, a las políticas urbanísticas que habrían de llevarse a cabo a partir de ahora.

Antes de la pandemia planetaria, estábamos hablando de las excelencias de la ciudad compacta frente a las “deseconomías” de la ciudad dispersa sobre el territorio. No discutiremos ahora las ventajas de la concentración urbana ni mucho menos el papel que las ciudades han tenido en el desarrollo de la civilización y la cultura, aunque ya resultaba indudable que el desmedido proceso de metropolización del planeta había llegado a un extremo en que la ciudad ya no asimilaba, sino que dividía y expulsaba de la comunidad a quienes no podían seguir la rueda de la carrera consumista y ferozmente competitiva. El aire de la ciudad ya no nos hacía libres, según el hermoso proverbio alemán, sino que cada vez aumentaba más la brecha entre ricos y pobres, entre sus ganadores y sus perdedores. Y, por su propia exigencia de funcionamiento, no parecía haber dudas de que por la contaminación debida al gigantesco consumo de energía obtenida de la combustión de recursos fósiles, el medio urbano era el principal causante del calentamiento global. Hay que celebrar a este respecto los adelantos mundiales en la generalización del “*pensamiento verde*”. Una de sus consecuencias es el desarrollo de una industria basada en la aplicación de avances tecnocientíficos al funcionamiento de las infraestructuras urbanas y domésticas, las llamadas “*smart cities*” o “**ciudades inteligentes**”, con el objetivo de lograr la máxima eficiencia con

el mínimo gasto energético. Tampoco discutiremos eso; pero si para limpiar nuestra atmósfera de CO₂ y NO₂, si para ver delfines en nuestros puertos y patos en nuestras calles **hizo falta nada menos que un confinamiento global y una paralización universal** de las ciudades, es ingenuo, si no falaz, intentar combatir la metástasis del modelo urbano con “aspirinas” de eficiencia energética. El reto hoy es de mayor calado y el camino a seguir nos lo ha indicado la propia contundencia de los hechos. Si la Revolución Industrial a principios del siglo XIX indujo un proceso mundial de abandono del campo y concentración en las grandes ciudades, ahora se está empezando a producir una corriente inversa, de la ciudad a la periferia y al campo que, si bien puede tener su origen en el miedo a un contagio incontrolado, muchos pensamos que es un principio encaminado a detener el inexorable proceso de metropolización del planeta, económicamente insostenible, anímicamente insoportable y, con toda seguridad, políticamente ingobernable.

Es probable que la irrupción del Covid, si somos capaces de aprender algo de las tragedias, nos permita acabar de una vez con ese absurdo contraste entre un mundo urbano como escenario de las oportunidades y un interior rural como signifiante de la derrota. Porque lo que realmente está en juego es la cuestión que acertadamente formula el economista y urbanista Vicente Seguí: ***cómo podemos convivir con la naturaleza, cuánto nos sirve la naturaleza para hacer ciudad y cuánta ciudad podemos hacer con la naturaleza; y lo más importante aún: entender que el mundo rural y sus actividades SON TAMBIÉN CIUDAD.*** Y termino con una formulación práctica.

Málaga capital, sin dejar de ser lo que es, podría “esponjarse” hacia sus comarcas, hacia sus hermosos pueblos y ciudades medias, siempre que todos estuvieran plenamente interconectados entre sí, física pero, sobre todo, **digitalmente**, como una saludable alternativa **residencial y laboral** absolutamente integrada en la dinámica de la vida cotidiana: estos pueblos y comarcas podrían aportar unos nuevos **“caladeros de productividad”** si, mediante la innovación tecnológica, *“se reinventaran alternativas propias para la revitalización de las economías locales, proporcionando con ello más autosuficiencia, cohesión social, democracia y protección ambiental que las que les puede ofrecer el reino de las multinacionales”*, como escribe el sociólogo David Hammerstein.

Con ser todo esto importante, lo fundamental de este enfoque es la repercusión que esta decisión de política económica tiene **sobre una nueva concepción del territorio**. Estamos ante el alumbramiento de un

nuevo modelo territorial de “**ciudad-región**” que imbricara estrechamente a la capital con su área: hablamos de un concepto geográfico y económico, moderno y abierto, que englobara en una misma lógica, como un manantial de riqueza con distintos veneros, a la conjunción de la realidad estrictamente metropolitana y las “**descompresiones**” hacia sus pueblos y ciudades medias. **Aquí la ciudad es YA EL TERRITORIO y viceversa**, extrayendo de esa simbiosis toda su potencialidad. De esta forma:

- a) la **digitalización contribuiría a la democratización del territorio**, equilibrado en su distribución de rentas mediante la interacción de sinergias productivas.
- b) de la misma manera que a las ciudades se le aplican las tecnologías de las “smart cities”- ciudades inteligentes- les aplicáramos a estos pueblos las tecnologías de las “smart villages” –**pueblos inteligentes**- como ya hacen hoy valerosos empresarios del sector agrícola, alimentario y ganadero provincial: sectores **que siempre van a estar ahí**, con un producto ligado al lugar y no con la volatilidad de un producto financiero.
- c) Y así planteada, esta concepción geográfico-digital, **en la que todos los núcleos estarían trabajando en red**, reforzaría el protagonismo de los **Ayuntamientos en el reparto del gasto público en concordancia con las responsabilidades que afrontan, hoy muy por debajo del porcentaje de otros países de nuestra órbita europea**. Hablo de admirables alcaldes de pueblo, estrechamente vinculados a su vecindario y verdaderos magos que hacen milagros con unos presupuestos de miseria para atender unas necesidades siempre desbordadas, y siempre salvados al final por unas diputaciones provinciales que algunos descerebrados alguna vez quisieron suprimir.

Sabemos que un país sólo está en la senda de la riqueza y el progreso si está equilibrado y vertebrado, y la vertebración, antes confiada a las comunicaciones físicas, ahora se encomienda también y fundamentalmente, a las comunicaciones digitales. La crisis sanitaria ha provocado una digitalización a la fuerza, ante una emergencia que, bien encauzada, puede servir para apuntalar una economía que caerá este año un 11%, según todas las previsiones oficiales. Con este propósito el gobierno ha presentado dos grandes programas superpuestos: 1) La Agenda España Digital 2025, que supone el compromiso de ofrecer conexión a Internet de 100 MB y el despliegue del 5G para toda la

población española en el 2025. Y 2) El Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia, con 140.000 millones de fondos europeos cuyo 70% debe estar comprometido para el bienio 2021-2022.

Todo este programa de digitalización apunta claramente a reequilibrar el territorio porque si no, para qué. Es, pues, la hora de volver a llenar la España vaciada; es la hora de los pueblos y de un nuevo tipo de gobernanza en el que los alcaldes y las diputaciones jueguen su indispensable papel protagónico y dinamizador. Pero no se trata de un diletantismo bucólico ni mucho menos- *vade retro*- de pretender urbanizar el campo. Se trata de que los pueblos y pequeños núcleos ligados a la tierra, los desdeñados del Estado del Bienestar, los invisibles, los vaciados, los expulsados de la razón urbana y del progreso, hoy, en una crisis terrible y desconcertante, puedan irrumpir en el sistema urbano y productivo desde su vínculo con el medio natural, enraizado en lo tangible pero conectado con el mundo, campo infinito para la aplicación de nuevas tecnologías y modelo para un equilibrio territorial que haga descender de lo virtual a lo concreto, y esta vez de verdad, el concepto de **desarrollo sostenible**, hoy desprestigiado en su abusiva y retórica utilización.

Salvador Moreno Peralta